

THOMAS HOBBS

© del texto: José Rafael Hernández Arias, 2022

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-18741-66-1

Depósito legal: B 16190-2022

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Imagen de cubierta: retrato de Thomas Hobbes, por John Michael Wright

Maquetación: Nèlia Creixell

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Impreso en La Torre de Claramunt

Este libro está hecho con papel proveniente de Suecia, el país con la legislación más avanzada del mundo en materia de gestión forestal. Es un papel con certificación ecológica, rastreable, de pasta mecánica y con un gramaje de 60 gr/m². Si te interesa la ecología, visita arpaeditores.com/pages/sostenibilidad para saber más.

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

José Rafael Hernández Arias

THOMAS HOBBS

La biografía del «monstruo de la política»

arpa

SUMARIO

| | |
|---|-----|
| CAPÍTULO I | |
| El «monstruo de Malmesbury» | 9 |
| CAPÍTULO II | |
| Las peripecias de un «intelectual» inglés en tiempos turbulentos | 21 |
| CAPÍTULO III | |
| Fundamentos filosóficos: el materialismo de Hobbes | 91 |
| CAPÍTULO IV | |
| Del «estado de naturaleza» al contrato de dominio: o de la barbarie a la civilización | 121 |
| CAPÍTULO V | |
| Leviatán: «dios mortal», monstruo bíblico y soberano terrenal | 169 |
| CAPÍTULO VI | |
| La teoría del derecho de Thomas Hobbes: «no es la verdad, sino la autoridad, la que hace la ley» | 189 |
| CAPÍTULO VII | |
| La monarquía, la mejor forma de gobierno | 199 |

| | |
|--|-----|
| CAPÍTULO VIII | |
| ¿Teología política o política teológica? | 207 |
| CAPÍTULO IX | |
| La vida póstuma de Thomas Hobbes | 225 |
| GALERÍA DE ILUSTRACIONES | 247 |
| BIBLIOGRAFÍA | 253 |

CAPÍTULO I

EL «MONSTRUO DE MALMESBURY»

Hay puntos de inflexión en la historia del pensamiento que marcan un antes y un después, es como si de repente cambiara el paisaje y se percibiera una atmósfera distinta. En estos periodos cruciales se abren nuevos cauces a las ideas, argumentaciones que habían dominado el debate intelectual agotan su potencial, caducan y son sustituidas por otros razonamientos y debates más acordes con el espíritu del tiempo. El filósofo inglés Thomas Hobbes contribuyó decisivamente a señalar cronológicamente uno de estos puntos de inflexión y el comienzo de una nueva etapa, pues, aunque mantuvo sus vínculos con la tradición filosófica, y no interrumpió el diálogo con Platón y Aristóteles, no cabe duda de que su método aplicado a la filosofía política se puede considerar como una ruptura con una tradición de dos mil años. Es cuando se produce la gran batalla intelectual entre los antiguos y los modernos, los primeros que creían imposible mejorar la sabiduría clásica y aquellos que sostenían que ese acervo de ideas heredadas podía mejorarse e, incluso, superarse. Esto lo dejó meridianamente claro el mismo Hobbes al final de su obra *Leviatán*:

Por último, aunque tengo gran respeto por esos hombres de la Antigüedad que han escrito verdades profundas o que nos han puesto

en el camino para encontrarlas por nosotros mismos, no creo, sin embargo, que a la Antigüedad como tal se le deba nada [...]. Lo cierto es que la alabanza a los escritores antiguos no procede de un respeto a los muertos, sino de la competencia y la envidia mutua que tiene lugar entre los vivos» (*Lev. Concl.*).¹

De Hobbes destacaron ya sus contemporáneos que era un hombre de saberes enciclopédicos. Su pensamiento riguroso y original siempre intentaba llegar a las últimas consecuencias, nunca se conformaba con la solución fácil o superficial, y se caracterizaba por una observación concienzuda de cuanto lo rodeaba. Su prosa es clara, brillante y precisa; su estilo, directo e imaginativo. Es uno de los pocos filósofos que ha escrito obras de un nivel literario de primer rango. No elude las controversias, al contrario, las busca y parece disfrutar con ellas, esto se prolonga hasta el final de una larga vida, pues falleció a una avanzadísima edad para aquellos tiempos, y en sus últimos años aún llegó a escribir sobre el libre albedrío, los contenidos lectivos en la universidad, la cuadratura del círculo y sobre religión. Pese a su supuesto ánimo pusilánime, hacía gala de un temperamento provocador e irónico. Su humor británico sale a relucir en los momentos más inopinados y tampoco se privaba de emplear el sarcasmo. Naturalista, moralista, matemático, geómetra, óptico, filósofo del Estado y del derecho, teólogo, historiador y traductor, solo la música y el arte quedaron fuera de su dilatada esfera de intereses. Richard Tuck no anda muy descaminado cuando señala a Hobbes como el fundador por antonomasia de la fi-

1 Cito de las traducciones de Carlos Mellizo: *Leviatán* (2006) y *De Cive* (2000). Las citas de *Diálogo entre un filósofo y un jurista* son de la traducción de Miguel Ángel Rodilla (2002). Mientras no se especifique lo contrario, las traducciones del resto de la obra de Hobbes proceden del autor de esta monografía.

losofía en inglés, ya que supo conectar la física, la ética y la metafísica, empleando estas disciplinas de una manera sistemática.

Con el pensamiento de Hobbes se inicia una nueva perspectiva para contemplar los fenómenos sociales, y este es uno de los aspectos fundamentales por los que sigue mereciendo la pena estudiar su obra. Él mismo era consciente de lo que suponía este giro radical, de ahí que manifestara con desafiante presencia de ánimo que los escritos de los filósofos morales, hasta la fecha, no habían coadyuvado al conocimiento de la verdad, al contrario, en muchos casos la habían ofuscado. Desde tiempos remotos no se había producido ningún progreso en el pensamiento político, ya que la forma de pensar que había imperado no había sido capaz, a falta de un punto de vista sistemático apropiado, de construir racionalmente el orden de la sociedad. Esta convicción es la que lo impulsa a innovar y a emprender nuevos derroteros.

Para Hobbes, la filosofía ha de ser una ciencia y su fin ha de ser práctico: el bien de los seres humanos. El descubrimiento de una verdad que no ofrezca un beneficio práctico carece de valor. No conoce, por tanto, el cultivo desinteresado de la ciencia o, ni siquiera, de la curiosidad en general; cualquier actividad, por muy teóricas que puedan ser sus aspiraciones, ha de apuntar al incremento de nuestras capacidades técnicas y de nuestro saber pragmático, todo con objeto de dominar la naturaleza y controlar el futuro en sus más variadas dimensiones. En última instancia, toda ciencia sirve al poder.

Su nueva visión del cometido de la ciencia lo convenció de que la guerra civil inglesa (1642-1651) se podría haber evitado si la filosofía moral y la ciencia política hubiesen progresado como lo habían hecho las ciencias naturales. Se necesitaba el punto de partida adecuado desde el cual, mediante un método riguroso, se pudieran buscar soluciones en un mundo preñado

de guerras civiles y disturbios sociales, con el fin de compaginar la libertad, la paz y la seguridad. Es, por lo tanto, el fondo de la guerra civil el que da sustancia al pensamiento político de Hobbes. Surge de la excepcionalidad —recordemos también las ocho guerras civiles que asolaron Francia y la guerra de los Treinta Años—, y se concentra en la cuestión perentoria y palpitante de su tiempo: ¿cómo es posible la formación y conservación de un orden social y moral? La solución de Hobbes es que no hay una «verdad pública», a no ser la que queda cifrada en la ley de la paz y la concordia en una sociedad. Tampoco hay «verdades reveladas» que puedan competir con esta ley. Cualquier opinión o doctrina conducente a la discordia habrá de ser necesariamente falsa. En consecuencia, se habrá de establecer quién decide en última instancia, cuando se trate de interpretar la ley o de juzgar las cuestiones esenciales de la comunidad.

Es muy probable que, visto lo anterior, Hobbes hubiese suscrito con toda su alma la perspectiva adoptada por el jurista Carl Schmitt según la cual el caso excepcional es más interesante que el caso normal: «Lo normal no demuestra nada, la excepción lo demuestra todo; no solo confirma la regla, la regla vive en realidad solo de la excepción».²

Es necesario insistir en que cuando se lee a Hobbes también hay que ser conscientes de que escribe como reacción a los acontecimientos, a las opiniones y doctrinas de su época: contra los papistas, contra los presbiterianos, contra los milenaristas, contra los escolásticos, contra los partidarios del derecho común, contra las pretensiones del Parlamento, contra los partidarios de la constitución mixta. Hay que tener en

2 Schmitt, Carl, *Politische Theologie. Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität* [Teología Política. Cuatro capítulos sobre la teoría de la soberanía], Duncker & Humblot, 1993 (1922), pág 21.

cuenta este ánimo polemista para situar y comprender de manera apropiada su obra. En una época de guerras civiles confesionales en la cual muchos no dudaban en matar para defender «verdades eternas» o las más sagradas convicciones, esas verdades y convicciones tenían que acabar por perder su crédito, dado que, según Hobbes, no hay «guerras más encarnizadas que las que se dan entre sectas de la misma religión y entre facciones del mismo Estado, en las cuales el antagonismo se refiere a cuestiones de doctrina o de prudencia política» (*De Cive* I, 5). El gran reto al que se enfrentaba Hobbes era, por una parte, el de desarrollar una argumentación lógica que disminuyera la repercusión explosiva de los principios morales, cuando estos se exacerban, y, por otra, proporcionar una herramienta con la que mantener los conflictos por debajo del umbral de la lucha sangrienta.

La elocuencia hobbesiana, con la perspectiva del reto que afronta, se esfuerza por convencer al lector de que su obra no pretendía favorecer a un partido, sino que su único interés radicaba en la paz. Por entonces predominaba el dicho *opus iustitiae pax*, la paz es fruto de la justicia, pero Hobbes recela de esta fórmula tan abstracta al ver que la mayoría hace bandera de ella y no da el fruto deseado. ¿Qué ocurre cuando hay varias concepciones de la justicia que disputan entre sí? ¿Qué ocurre cuando la sociedad no se puede poner de acuerdo en qué es justo y qué es injusto? Al tratar de responder a estas cuestiones, Hobbes prepara el camino al Estado moderno. Es un pionero a la hora de trazar criterios técnicos y morales con los que superar las discrepancias más peligrosas dentro de una sociedad plural.

Desconcierta algo que el pensamiento de Hobbes quedara relegado mucho tiempo a las notas a pie de página o simplemente marginado, lo cual reclama una explicación. Durante varios siglos, en efecto, sobre Hobbes cayó la maldición que suele pesar sobre los denominados «filósofos del

poder», compartiendo los mismos estigmas con que se había señalado a los sofistas o a Maquiavelo; su nombre, por añadidura, como el de estos últimos, se asoció desde muy pronto al ateísmo, la amoralidad, el egoísmo, la impiedad, el cinismo, la crueldad y la falta de escrúpulos. Ante todo, el calificativo de «ateo» contribuyó a que se intentara prohibir la lectura de sus obras, lo que sumado a los rumores difamatorios acerca de su personalidad egoísta y timorata, y a su presunta falta de lealtad, terminó por generar el apelativo de «el monstruo de Malmesbury», haciendo referencia a su lugar de nacimiento.

Conviene precisar que en la época de Hobbes se empleaba el calificativo de ateo como arma arrojadiza y calumnia política, de un modo tan similar y promiscuo como se emplea hoy el de «fascista». En rigor no solo se aplicaba a quien creía que Dios no existía (de estos en aquellos tiempos había muy pocos), sino que también se aplicaba a personas que creían que Dios no gobernaba el universo o no se preocupaba por él, o a otras personas que de algún modo recortaban drásticamente sus competencias. La creencia en Dios se antojaba esencial para fundamentar la conducta moral, de ahí que el ateísmo se identificara con una suerte de sociopatía. Hobbes mismo expresó que «ateísmo, impiedad, y otras palabras parecidas conllevan la mayor difamación posible».³ El catolicismo y las sectas protestantes se acusaban mutuamente de ateísmo, o de conducir al ateísmo. Y existía un amplísimo consenso entre sus contemporáneos acerca de que el ateísmo había de considerarse un crimen merecedor de la pena de muerte. Para Hobbes, en cambio, el ateísmo constituía una imprudencia y no una injusticia, como creía la mayoría; de ahí que se mostrara más magná-

3 Vid. Martinich, *Dictionary*, pág. 32.

nimo con los ateos y propusiera su exilio, al ser el ateo, ciertamente y en su opinión, un peligro para el Estado debido a su incapacidad de prestar un juramento invocando a la divinidad. Pero siempre había que albergar la esperanza de que en algún momento de su vida pudiera convertirse y creer en Dios.

Si las acusaciones de ateísmo eran fundadas o no, es algo difícil de averiguar. En cualquier caso, han dado pábulo a un supuesto «esoterismo» de Hobbes. Ciertamente es que él mismo reconoció que solo revelaba la mitad de sus pensamientos reales, que hacía como aquellas personas que abren la ventana por unos instantes para volverla a cerrar rápidamente por miedo a la tormenta.⁴ El peligroso filo por el que discurría su pensamiento le hace incurrir en contradicciones y en silencios flagrantes, a lo que se suma el empleo de la metáfora y de las estrategias visuales, por eso es pertinente la pregunta de si es necesario «descifrar» a Hobbes. A veces parece, incluso, como si él mismo nos invitara a «leer entre líneas» o se prestara a hacer las debidas concesiones al espíritu del tiempo. Esto también puede deberse a que, como señaló Friedrich Schlegel: «toda obra excelente, cualquiera que sea su índole, sabe más de lo que dice y quiere más de lo que sabe». Como veremos más adelante, esta peculiaridad del pensamiento hobbesiano ha dado lugar a numerosas controversias.

Es ya habitual mencionar a Hobbes junto a Maquiavelo como los fundadores del pensamiento político moderno, pero aquí habría que hacer la importantísima salvedad de que el florentino, en realidad, apenas innova, más bien recurre con actitud nostálgica a la tradición romana, a la «*virtus* republicana», con objeto de describir la realidad política de su

4 Tönnies, pág. 42

tiempo y establecer criterios y estrategias para conquistar y conservar el poder. Hobbes, aunque también versado en la tradición grecolatina, mucho más incluso que Maquiavelo, dado su excelente dominio del griego y el latín, realmente quiso poner los fundamentos de una nueva ciencia de la política, inspirándose en la geometría euclidiana y en los avances científicos de Galileo.

Hobbes, que aspiraba a filosofar desde la altura científica de su tiempo, se mostró sistemático y lógico; Maquiavelo, en cambio, era historicista e intuitivo. Hobbes prefiere institucionalizar el dominio, mientras que Maquiavelo parte del dinamismo y la fluctuación constantes de las relaciones de poder. Mientras que pensadores como Maquiavelo y Jean Bodin se basan, para postular sus teorías, en la experiencia práctica, en los tratados de prudencia política y en la historia, Hobbes decide casi desde sus inicios que, para dar una solidez universal a su teoría, no puede sino fundamentarla en principios generales, desarrollados sistemáticamente, y en un cotejo con la realidad.

Además, Hobbes se mostró consciente de ser el fundador de la ciencia política por antonomasia, cuyas metas consistían en facilitar la convivencia y en asegurar una vida agradable a los seres humanos, metas que coincidían con las de la técnica y las ciencias de la naturaleza.

Sorprende que este afán sistemático por parte de Hobbes haya inducido a considerarlo el «más europeo» de los filósofos ingleses. Sus esfuerzos por elaborar un sistema metafísico y que todas las partes y elementos de su obra encajen y se complementen, constituye un rasgo poco habitual entre los pensadores de su país natal. Sin embargo, hay aspectos como el pragmatismo y el criterio de utilidad que lo sitúan decididamente en el ámbito anglosajón. En cualquier caso, su originalidad le procura un lugar muy especial en la historia del pensamiento de su nación, como reconoce Peter Ac-

kroyd, para quien fue un filósofo que «condujo la imaginación inglesa por senderos desconocidos».⁵

Un gran reproche que se le ha hecho a Hobbes, y que también sirvió de dique, durante mucho tiempo, para una recepción más amplia de su obra, se refiere a su absolutismo político, es decir, a la defensa de una concentración del poder en el soberano que no parece conocer fisuras. En sus argumentaciones resulta patente el deseo de convencer al lector de que el ciudadano casi siempre tendrá un interés en obedecer al soberano. Y es comprensible que esta teoría, reducida a cliché, pueda antojarse despótica o tiránica. Pero como veremos a lo largo de esta monografía hay muchos matices que considerar, y también se comprobará que, si bien hay aspectos que en apariencia podrían justificar el juicio anterior, hay otros que terminan por relativizarlo o, incluso, anularlo.

A este respecto, Alan Ryan ha destacado, a mi juicio acertadamente, que los contemporáneos de Hobbes a menudo encontraron su filosofía extravagante y sumamente perturbadora, pero desde luego no por el autoritarismo y la defensa del despotismo, que es lo que hoy más llama la atención, sino por una forma de individualismo hostil al énfasis que se ponía en la comunidad, en la tradición o en la autoridad eclesiástica.⁶ Su decisión de partir del individuo y darle el protagonismo en su teoría política, chocaba frontalmente con una sociedad que, ante todo, conocía los colectivos, ya fueran gremios, estamentos o sectas. Desde luego, en tiempos de Hobbes no faltaban los defensores de la soberanía absoluta del monarca; si se hubiese ceñido a este asunto, su nombre habría pasado desapercibido.

5 Ackroyd, Peter, *Albion. The Origins of the English Imagination* [Albiión. Los orígenes de la imaginación inglesa], Vintage, 2004, pág. 389.

6 Vid. Ryan, Alan, *The Making of Modern Liberalism* [Los orígenes del liberalismo moderno], Princeton University Press, 2014.

Pero él va a fundamentar la ciencia de la política en el individuo, en lo que será el hombre moderno, con sus deseos y ambiciones, y no tanto en la comunidad o ni siquiera en la familia. En este giro copernicano ya surgen paralelismos con el hombre fáustico de la civilización occidental, con su voluntad de poder, con sus deseos de siempre querer más y no darse nunca por satisfecho. Fue, en definitiva, ese individualismo innovador lo que lo rodeó de un aura de peligro. La voluntad soberana y racional del individuo se convierte en el único fundamento legítimo del dominio estatal.

Hoy cabe preguntarse: ¿qué fue Hobbes, entonces, absolutista o liberal? Esta nos parece una cuestión algo ociosa. El periodo en el que vivió era un periodo preideológico, no le interesaba semejante distinción; en realidad, y visto desde nuestra perspectiva, podría ser las dos cosas a la vez. Su obra se nutre de la tensión entre principios contradictorios. Para unos, escribió un «catecismo del rebelde», para otros, es un precursor del totalitarismo o del liberalismo. Su obra es un magma efervescente de ideas que darán su fruto en contacto con otros grandes pensadores de la historia, como Spinoza, Leibniz, Rousseau, Hegel, Kant, hasta llegar a tiempos más actuales con Kelsen, Nozick, Rawls o Carl Schmitt. En Hobbes parecen aún anudados los numerosos cabos que constituyen las distintas ramas de la filosofía política moderna. Y en esto radica uno de los alicientes para leer su obra, de ella se desprende un halo de frescura, de originalidad y de carácter que se buscará en vano en las filosofías modernas, ahormadas en muchos casos por las ideologías, ya sean comunistas, socialistas, liberales o nacionalistas.

Hobbes, lejos ya de ser un pensador marginado, como lo fue prácticamente hasta el siglo XIX, ha enriquecido la historia de la filosofía política con varias expresiones que han alcanzado gran fama. Por poner un ejemplo, se cita con frecuencia eso de que «el hombre es un lobo para el hombre»

(*homo homini lupus*) o se hace referencia al monstruo Leviatán como símbolo de un Estado despótico o totalitario, o la célebre «guerra de todos contra todos» (*bellum omnium contra omnes*); se ha de precisar, sin embargo, que casi todas estas expresiones o sentencias no son originales suyas. Proceden de la Biblia o en el caso de las dos frases mencionadas, la primera tiene su origen en Plauto (*Asinaria*) y la segunda en las *Leyes* de Platón. Pero, pese a que su empleo no carece de ambigüedad y sugiere un barniz metafórico o mítico, adquieren un nuevo significado, gracias a la fuerza imaginativa del filósofo, y sirven para describir con gran originalidad aspectos políticos, sociales y antropológicos.

La vida de Thomas Hobbes no fue fácil, una vocación intelectual como la suya en los tiempos que le tocó vivir estaba destinada a concitar reacciones hostiles e, incluso, violentas. Él mismo era muy consciente de esta circunstancia y refiriéndose a su discurso en *Leviatán* reconocía que, «estando, por así decirlo, amenazado de un lado por quienes piden demasiada libertad y de otro por los que quieren demasiada autoridad, le será difícil pasar por entre las armas de ambos bandos sin resultar herido» (*Lev. Dedic.*). No cabe duda de que Hobbes «amaba sus propias opiniones», como admitía, y creía que eran verdad, pero también hacía gala en sus polémicas de una insobornable búsqueda de los principios que determinan la existencia humana en este mundo.

Hoy Thomas Hobbes forma parte de los grandes clásicos del pensamiento político. Es curioso, sin embargo, que mientras en otros países que no son su país natal, como Estados Unidos, Francia, Italia y Alemania, se han publicado y se siguen publicando numerosas obras acerca de su vida y obra, en el ámbito hispanohablante apenas encontramos monografías al respecto. Disponemos de traducciones excelentes de sus textos más importantes, pero escasea, y mucho, la información sobre las particularidades de sus teorías y sobre sus

peripecias vitales. Con la presente biografía intelectual aspiramos a paliar en cierta medida esta carencia, que no se corresponde, en ningún caso, con la importancia de un autor y de una filosofía que han influido decisivamente en las principales corrientes intelectuales del mundo moderno. Como expresa el gran maestro Antonio Truyol y Serra en su ya clásica e imprescindible *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado*: «Cualquiera que sea la actitud que ante sus posiciones se adopte, preciso es reconocer la pujanza de su espíritu creador, la peculiarísima originalidad de sus construcciones mentales, imponentes por la trabazón lógica».⁷

7 Truyol y Serra, Antonio, *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado*, vol. 2: *Del Renacimiento a Kant*, Alianza, 1988, pág. 220.